

El misterio de Sukegawa

Cristian Mendez



Capítulo 1

En el pequeño pueblo de Sukegawa todos simpatizaban con el viejo Tanaki, un hábil pescador que vivía apartado cerca de la costa y al cual siempre se lo encontraba en soledad. Con un semblante reservado, pese a que solía mostrarse amable y disfrutaba de enseñar a los niños y jóvenes los antiguos e ingeniosos métodos de la vida pesquera.

Jamás se lo había visto siendo visitado por algún familiar y nadie sabía nada de su pasado, sólo se tenía certeza de que él habitaba en su pequeña cabaña cerca de la costa desde hacía mucho tiempo.

La mujer mas longeva del pueblo, la señora Inoue, vivió sola desde su adolescencia debido a que sus padres habían desaparecido una noche en circunstancias inexplicables. Sin muchos detalles, pero con un semblante de preocupación y unos ojos que denotaban un fuerte sentido de protección, le comentaron que debían atender un asunto urgente a pesar del riguroso clima que se manifestaba y le aseguraron que volverían por la mañana. Jamás regresaron.

A pesar de una rigurosa y extensa búsqueda por las zonas aledañas, los aldeanos fracasaron en obtener alguna pista de lo ocurrido, y se llegó a la conclusión de que lamentablemente la habían abandonado. El asunto, si bien despertó gran curiosidad, no pareció impactar demasiado en la mayor parte del pueblo, ya que Sukegawa desde hacía muchos años afrontaba un período de gran pobreza y sequía, a pesar de encontrarse muy cerca del mar.

La ahora anciana Inoue a menudo narraba que una noche, pocos días antes de la desaparición de sus padres, el mar estaba particularmente embravecido y las violentas olas azotaban continuamente la costa. Ella se encontraba observando desde su ventana la terrible furia de la naturaleza cuando de pronto vió que un pálido niño emergía de las negras aguas para infiltrarse con gran agilidad entre la maleza, muy cerca de donde ahora se encontraba la cabaña de Tanaki.

Es de esperarse que a la señora Inoue no se le daba gran credibilidad debido a su estado mental producto de su vejez, es preciso sumarle a esto que se trataba de una mujer sumamente supersticiosa, su hogar se encontraba rodeado de amuletos y pergaminos de protección. Y a su vez, era la única persona en el pueblo a quien no agradaba el viejo Tanaki.

Lo cierto es que se trataba de una historia ya antigua, y los habitantes de Sakegawa gozaban desde hacía ya varios años de una economía mas próspera y abundante. Muchos se dedicaron, gracias a las contribuciones de Tanaki, a la pesca y al comercio de los frutos del mar. El pueblo también se convirtió en un punto de descanso para los samuráis que a

menudo debían descansar en un punto medio tras sus largas expediciones, contribuyendo así también a la riqueza del pueblo.

La tradición en Sukegawa rezaba que una vez al mes se llevaba a cabo un festejo tradicional para agradecer las numerosas ofrendas que el mar y los ríos otorgaban.

En esta festividad Tanaki era el invitado de honor por sus contribuciones y enseñanzas para las futuras generaciones de pescadores, ya que este era el sustento principal del pueblo. Los hombres de dicha tarea llevaban consigo los mejores ejemplares de su pesca para que estos sean preparados y degustados por los lugareños, pero nadie llevaba tan majestuosos y exquisitos ejemplares como el experimentado pescador. Desde luego, la vieja Inoue no asistía a estos encuentros.

En la última ceremonia que se había llevado a cabo, Tanaki no se presentó, alegando que se encontraba enfermo, despertando la preocupación de todos. A pesar de las numerosas muestras de afecto que los aldeanos intentaban ofrecerle, insistió que deseaba estar solo. A la celebración esta vez se presentó la anciana, quien se encontró asediada por malos tratos y miradas inquisidoras, todo el mundo sospechaba que la maldita vieja habría tenido algo que ver con el asunto, ya que Tanaki a pesar de su edad, gozaba de mejor salud que incluso algunos jóvenes del pueblo. Los aldeanos, disgustados, dieron por finalizada la ceremonia mucho antes de lo que acostumbraban.

Al siguiente día, Tanaki tampoco salió de su cabaña. Pasaron al menos tres días hasta que se lo volvió a ver con su habitual y humilde equipo de pesca en su sector predilecto para llevar a cabo su labor. Pero los jóvenes que pescaban cerca de él advirtieron una notable desmejora en su aspecto físico y al parecer también mental, ya que cuando se aproximaron a consultarle si podían serle de ayuda en algo, el viejo murmuró algo inentendible, pero realizó un ademán con su mano que indicaba que deseaba estar solo.

Cuando Tanaki aparecía, mostraba cada vez rasgos más extraños, no se trataba de un caso donde alguien tiene dificultad o dolor para caminar y moverse, parecía más bien como si hubiera olvidado la forma en la que se desplazaban los seres humanos.

A veces, se le podía ver deteniéndose luego de hacer unos pocos pasos y arrastrándose por la orilla, otras veces se lo observaba teniendo comportamientos muy extraños, como observar durante largas horas hacia el hogar de la anciana Inoue e incluso una vez un joven juró haberlo visto consumir un pescado crudo en su totalidad apenas fue extraído del mar.

No había una persona en todo el pueblo que ponga en tela de juicio de que el pobre Tanaki había sido presa de una maldición de la vieja Inoue y cuando esta era interrogada, ella aseguraba que la situación era a la inversa, que desde hacía mas años de los que los aldeanos pudieran recordar, se encontraba constantemente acosada y maldecida por Tanaki.

La última vez que Tanaki fue visto fuera de su cabaña un joven pescador aseveró que, mientras el se encontraba sin buena suerte mientras cumplía sus tareas, el viejo estaba pescando a unos pocos metros suyo y capturaba peces sin cesar. Esto no habría llamado demasiado la atención debido a que bien hacía honor a su renombre y motivo por el cual era el invitado de honor a la ceremonia, si no porque cuando este levando la vista para observarlo desde su lugar, sus ojos irradiaron un tono amarillo y brillante, como si se tratara de algún animal del pantano que acecha desde lejos con su mirada infernal. Acto seguido, el joven atestigua que Tanaki corrió (si la forma reptante en que se desplazó se le puede llamar correr) a su hogar para no volver a salir.

Luego de este supuesto incidente Tanaki no volvió a ser visto por nadie en el pueblo, los aldeanos que transitaban cerca de su cabaña oían pasos y movimientos dentro, a veces se escuchaban inquietantes gemidos, por lo tanto, se suponía que el viejo aún se encontraba con vida. Se lo había llamado reiteradamente desde fuera de su puerta y como respuesta, se obtenían del otro lado extraños balbuceos. También el interior de su hogar parecía desprender un hedor a putrefacción que comenzó siendo perceptible alrededor de su cabaña y luego se extendió hasta llegar a varios de los hogares de los lugareños.

La situación de incertidumbre y preocupación, acompañadas con la insoportable fetidez que ahora se hacía presente en casi todo Sakegawa, llevó a los aldeanos a la decisión de entrar a la fuerza a la cabaña de Tanaki.

Un grupo de diez hombres fueron los que llevaron a cabo la pequeña empresa, apañándose las para cubrirse la nariz, pero inútilmente, ya que la pestilencia era tal que hacía llorar los ojos. Llamaron con violencia a la puerta, pero del otro lado solo se obtuvo silencio, el tacto hacia la vieja madera indicaba una especie de humedad que parecía emerger desde dentro de la cabaña.

Por fin, el mas voluptuoso de los hombres arremetió contra la puerta, la cual, para sorpresa de todos no estaba cerrada, provocando que este se estrellara torpemente contra el suelo del interior. Al voltear para solicitar ayuda a sus compañeros, observó con extrañez la expresión horrorizada de estos que miraban el interior ahora expuesto de la cabaña, y al dirigir su atención en la misma dirección, el semblante de su rostro adquirió las

mismas características que el resto.

Tanaki no se encontraba allí. En su lugar, estaba la respuesta a la pestilencia inminente.

El escaso amoblamiento de la cabaña se encontraba apartado contra un rincón y en el centro yacía un número inquietante de peces muertos. Algunos parecían estar allí desde hacía varios días, sus vísceras y pequeños órganos habían tomado un color negruzco y emanaban un olor insoportablemente ácido, evidenciando su deplorable estado. Entre esa montaña de muerte marina se abarrotaba una sustancia viscosa de color verde y amarillo, la cual se extendía desde el suelo hasta el techo, como el rastro pegajoso que dejan los caracoles tras su andar.

Gracias a tal espantoso espectáculo, toda esta percepción transcurrió en un instante en el que ya los no tan valientes hombres se encontraban fuera de la cabaña, algunos gritando, otros intentando contener la repulsión provocada y dos de ellos aún atónitos seguían observando el interior, como si al mirar por un extenso período, se podría volver al momento donde decidieron dirigirse a la cabaña.

Uno de los hombres, el que había violentado la puerta, advirtió que ya en la costa, se extendía un rastro de la repugnante viscosidad que parecía haber sido provocada aún con más torpeza o pesadumbre de lo que sea que la estaba emitiendo, ya que el rastro exterior se presentaba en una especie de zigzag que por momentos parecía detenerse y avanzar hacia otra dirección. Luego de muchos metros de esta poco habitual persecución, observaron con horror lo que allí al final del rastro se encontraba. Era el equipo de pesca del viejo Tanaki, empapados completamente en la sustancia, la cual pareció por fin desaparecer en la orilla ya que su portador se había adentrado para siempre en el mar.

La incertidumbre y la desesperación aumentaron cuando esa misma noche, en la que el mar se presentaba furioso y una tormenta azotaba las costas, otra noticia irrumpió en el pueblo.

La señora Inoue también había desaparecido.

Durante mucho tiempo nadie se atrevió a entrar al hogar de Inoue, debido a los ya mencionados amuletos y demás objetos supersticiosos que adornaban todo el lugar, esto iba acompañado de la fuerte creencia de que el extraño suceso que ocurrió aquella oscura noche iba emparentado de una maldición que ella había echado sobre Tanaki, aunque tampoco eso explicaba porque ella había desaparecido.

Fue recién un año después, cuando uno de los samuráis que frecuentaban la zona para descansar, decidió adquirir la casa que había pertenecido a la vieja. Dentro de sus pertenencias, las cuales guardó muy

respetuosamente al no haber ningún familiar que las reclamase, encontró una serie de escritos. Dichos textos parecían muy antiguos y se encontraban rodeados de símbolos de protección.

Pese a su afanoso honor, el samurái fue vencido por la curiosidad y contempló que todos los escritos hablaban de una extraña criatura marina, y uno en particular, relataba lo siguiente:

"Solo en la tétrica noche donde el mar más impío conoce a la tormenta más despiadada y a cambio de dos seres terrestres, es cuando el caos reptante podrá ascender a la superficie para vivir como un hombre más. Hundiendo a los dos desdichados en las más profundas y negras aguas, él se verá, una vez terrestre, idolatrado y festejado por los humanos, ya que dispondrá de numerosas destrezas que traerán prosperidad a su nuevo hábitat. Pero lo que el mar presta, el mar reclama, y llegará el día donde su disfraz humano quede obsoleto y su verdadera forma reptiliana quede desnuda. Ese día volverá al mar y se llevará consigo al último nexa que lo unía a sus elegidos"